

El Tren de la Vida

Dicen que existe un tren que a todos nos da la vida y que a los más fuertes les viene a buscar otra vez para llevarles a algún sitio que desconocemos. Lo llaman el *tren de la vida*, y aunque parezca que su recorrido es largo, el final de trayecto está más cerca de lo que pensamos. Tan sólo el tiempo nos va enseñando el destino. Y es que el tiempo nos va marcando las pautas, nos persigue continuamente a lo largo de nuestras vidas, hasta que le vencemos o es vencido. El *carpe diem* es la mejor opción que tenemos para que, cuando el tren de la vida vuelva a recogerlos, estemos orgullosos y saquemos pecho ante ese tiempo, tan letal para todos al fin y al cabo.

Y es que el tren, el tiempo, muchas veces se lleva a las personas en silencio, de forma repentina y cuando te das cuenta, ya no las tienes a tu lado y las añoras. Dicen que el tiempo cura las heridas, pero yo creo que hay heridas que no cicatrizan nunca. Cicatrizar significaría olvidar y el olvido no tiene sentido cuando has querido. Creo que el tren de la vida no tendría razón de ser si no fuese por un corazón palpitando recuerdos.

Un día mi padre cogió ese tren:

Era una mañana fría y nublada, y algo extraño flotaba en el ambiente. Como el resto de mañanas que mi padre pasaba en el hospital, cogí un autobús que me acercara hacia él. Al llegar al hospital, la oscuridad inundaba las habitaciones, y tan sólo una luz tenue que se filtraba bajo las persianas daba un poco de color a lo incoloro.

Cuando llegué a la habitación donde se encontraba, cogí un sillón y me senté a su lado. Pronto comenzó a mover sus manos pidiéndome la ayuda que necesitaba para levantarse y descansar un poco de ese vacío descanso que le daba aquella cama. Aunque rápidamente volvía a acostarse. A los quince escasos minutos se retomaba la misma situación, y así sucesivamente, sin interrupción. Mi corazón se estremece y sufre cada vez que le agarra su mano, como si la angustia, el dolor, o simplemente el miedo, rodeara su caparazón de acero. Un acero que se va quebrando día a día como si de cristal se tratara. Ojalá al darle la mano le pudiera ayudar de verdad...

Ante la situación, cogí el teléfono y llamé a mi madre. En el tiempo que tarda un rayo en tocar tierra firme apareció, y posteriormente mi hermano. Mi padre ya no movía sus brazos en busca de ayuda, ni quería alzarse de su cama. La sedación y la morfina le estaban ayudando a superar su escasa respiración, que cada vez era más débil y distante. Pero ocurrió algo que ni los propios médicos podían imaginar. Tras varias horas y días de sufrimiento, a las doce y veinticinco de la mañana, mi padre abrió sus ojos, nos miró, se despojó de todos los artilugios que llevaba encima y se levantó de su cama. Nosotros, atónitos, tan sólo podíamos mirarle, mientras las lágrimas iban recorriendo nuestras mejillas, hasta el infinito. Le dimos un beso y marchó lentamente por el pasillo de la planta, despidiéndose de todas las enfermeras que le habían cuidado durante estos tres interminables e intensos meses. Hacía mucho tiempo que no veía a mi padre tan ágil, tan sonriente y feliz. Ya no era capaz de recordarle así, como si siempre hubiese estado en una silla de ruedas, con mascarilla de oxígeno y entrando y saliendo de un hospital. Poco a poco mi padre se fue alejando por el pasillo, ese pasillo que tantas veces había tenido que recorrer, y que esta vez era la última, hasta que como una luz intermitente fue desapareciendo de nuestros ojos. El tren de la vida estaba abajo esperando, y había llegado la hora de marcharse. No sé cuál sería su destino, sólo sé que nuestro corazón se

había llenado de él, se había inundado de sus recuerdos: sus risas, su tranquilidad, los viajes a León en coche, los partidos de fútbol, su particular pesca..., todos eran válidos y se han quedado con nosotros.

Desde entonces, sigo buscando un tren que me lleve hacia mi padre...